

BRINDIS

PRONUNCIADO EN EL BANQUETE OFRECIDO

À LOS

DELEGADOS DE LA UNIÓN LIBERAL,

LA NOCHE

DEL 20 DE JUNIO DE 1903.



SEÑORES:

EL COMITÉ DIRECTIVO DE LA UNIÓN LIBERAL me ha hecho el gran honor de designarme para presentaros en nombre suyo, al ofrecer os este banquete, público testimonio de su reconocimiento por haber acudido desde los confines de la República al llamamiento que os hiciera para venir á llenar una de las más nobles tareas que toca desempeñar al partido liberal. Yo he aceptado sin vacilar ese encargo, no porque me creyera con títulos mejores que cualquiera otro miembro del Comité para llevarlo á buen término, sino porque estos honores supremos jamás deben rehusarse, y porque ardía en vivísimos deseos de festejar y de aplaudir la reunión en México de la segunda convención del partido liberal, que es presagio cierto de días felices como los actuales para la patria y que encierra útiles enseñanzas para el porvenir.

El Comité Directivo de la Unión os congregó en esta ciudad como representantes del partido liberal del país, con el objeto de designar un candidato á la Presidencia de la República en el cuatrienio próximo, candidato que hubiera de ser sostenido y amparado con el voto de todos los liberales en los momentos de la elección. Los procedimientos empleados para convocaros y reuniros en México constituyen una forma democrática, la más apropiada quizás para disciplinar los elementos y energías de los partidos políticos, y el objeto de la reunión no era otra cosa que la práctica del más augusto derecho que el pueblo tiene en toda democracia. Vuestra presencia en México ha venido á demostrar que fueron eficaces los procedimientos seguidos para convocaros y hacer ver, además, á la Nación, que el partido liberal ha aceptado ya una organización que, garantizando el libre ejercicio de todos los derechos políticos, le permite hacerse representar de una manera genuina, dando directamente el pueblo su representación y su mandato. No basta en los países regidos por instituciones democráticas, creerse con peor ó mejor derecho el jefe de un grupo social para hablar en nombre del pueblo y ungir con su autoridad y su prestigio los principios que se proclaman y los actos que se ejecutan; es preciso llegar hasta el pueblo mismo, ponerse en íntimo contacto con él y

buscar en su opinión y su confianza el único medio legítimo de constituirse en su intérprete. Y eso es lo que el Comité Directivo de la Unión Liberal ha hecho; buscó la vida del organismo político que quería hacer vivir allí donde palpitan los gérmenes fecundos y primordiales que la constituyen en toda democracia; pidió al pueblo liberal de la República que se agrupara en torno de su bandera, que tiene por símbolo la constitución y las leyes de Reforma, para nombrar sus representantes, y por eso el pueblo os ha otorgado su mandato y por eso legítimamente habéis obrado en nombre suyo, dignificando vuestros actos con la autoridad y prestigio que á él solo corresponden.

Vuestra investidura ha sido la más alta que se puede obtener en las democracias donde los partidos políticos funcionan como elementos compensadores de la libertad y el orden, y esa es la razón por la que vuestros actos han tenido, sin excepción alguna, la majestad severa que pertenece á vuestra investidura.

Si el verdadero y mejor fruto de toda acción buena es el haberla llevado á cabo, podéis estar satisfechos de haber ejecutado una buena obra; habéis cumplido con vuestro mandato y habéis señalado al pueblo el hombre más á propósito para regir sus destinos en el próximo período constitucional.

Vuestra elección no era dudosa; pero no por conocida ha dejado de ser la expresión de la voluntad del partido liberal á quien representáis.

El nombre del Gral. Porfirio Díaz debía de brotar de vuestros labios, como habrá de brotar más tarde de las urnas electorales; pero á ello no han sido parte tan sólo vuestras personales simpatías, sino el mandato imperativo que algunos de vosotros recibirais, y el sentimiento que vive en el corazón del pueblo de la República, que ve en él al más conspicuo de sus conciudadanos. Los pueblos, como el nuestro, que tan desdefiosos se muestran casi siempre de sus más caros intereses, sacuden su indiferencia y despiertan de su letargo, cuando ven desfilar delante de ellos uno de esos hombres superiores y heroicos que subyugan las multitudes con su autoridad y triunfan de los vicios que minan la existencia de los Estados con su prestigio. Esto explica la popularidad del Gral. Díaz y justifica el amor que se le consagra. Las hazañas de su espada en los combates por la patria, hicieron de él un héroe; sus aptitudes para encauzar las inquietas y perturbadoras energías de un pueblo devorado por la necesidad de sangrientas luchas, hicieron de él un hombre de estado y de gobierno; y sus triunfos políticos, siempre realzados por un éxito favorable y constante, de él hicieron el ídolo del pueblo.

El Gral. Díaz es, pues, una vez más el candidato del partido liberal para la Presidencia de la República, porque es el héroe de las viejas luchas por la independencia y por la patria, porque es el hombre de estado que ha destruido la anarquía y ha cimentado la paz, y porque encarna la esperanza que tiene el pueblo de vivir mañana bajo el amparo de la ley.

Pero vosotros habéis hecho más aún; habéis dado las bases para la organización del partido liberal; la habéis hecho estable y definitiva, para que sus funciones, antes intermitentes, sean continuas en lo futuro y sujetas á leyes preestablecidas, y le habéis dado elementos para estar apercebido á la defensa de los más sagrados intereses de la patria.

Todo organismo que nace obedeciendo á una necesidad imperiosa de la naturaleza, todo lo que cria raíces sólidas en un suelo fecundo está llamado á crecer y debe mejorarse con la acción del tiempo. La organización del partido liberal obedece á esa ley. El pueblo mexicano se siente feliz á la sombra de la paz, porque ella le permite consagrarse al trabajo, y porque sabe que sus derechos políticos, fuente de todos los demás bienes, están libres de todo ataque y violación; pero le falta á su felicidad la garantía de saber que ella habrá de durar siempre.

¿Y cómo dar al pueblo esa seguridad que ha menester, á no ser educándolo en la práctica de nuestras instituciones libres, por medio de una organización que responda á sus más apremiantes necesidades?

Si la mejor forma de gobierno es aquella á la cual nada le falta para que la libertad impere y no presenta obstáculo alguno para que el orden reine, la mejor organización que puede darse á los partidos políticos, dentro de esta forma de gobierno, es aquella que les permita asegurar todas las conquistas de la libertad bajo el imperio del orden.

El partido liberal mexicano tiene, á este respecto, larga y tristísima experiencia. Medio siglo ha luchado en revueltas intestinas para dar á la Nación las instituciones libres que hoy la organizan: pero esas revueltas tuvieron por principal origen su afán siempre creciente de sacrificarlo todo, riqueza, prosperidad y paz, en aras de quiméricos ideales de libertades imposibles; de una libertad económica destructora de la riqueza, de una libertad civil opresora de la familia y de una libertad política sacrificadora del orden. La reacción era natural; las aspiraciones debían ceñirse á las necesidades reales de la vida nacional; los esfuerzos deberían de consistir de preferencia en conservar los bienes adquiridos: el objeto primordial debía ser operar un trabajo de concentración y de reor-

ganización, á fin de que la libertad económica tuviera por única base el desarrollo normal de nuestra riqueza, para que la libertad de cultos devolviera la paz á las conciencias y la libertad política tuviera el orden por único apoyo y por sostén.

Esta experiencia constituye hoy un bien inapreciable del partido liberal, que nosotros tenemos el deber de preservar incólume, y es la mejor herencia que habrá de legarnos la paz, merced á tantos sacrificios conquistada; porque es preciso confesarlo: la paz ha ido tan sólo arraigando en el país, á medida que hemos ido renunciando á las exageraciones apremiantes de un jacobinismo enfermizo y que la Nación ha comprendido que el progreso que rompe viejos moldes y abre nuevos y más anchos horizontes, es la ley que rige el desenvolvimiento de los pueblos modernos.

Pues bien, señores, la organización que acabáis de dar al partido liberal responde á esa necesidad. En lugar de las voluntades dispersas, que no pueden engendrar una acción común y eficaz, ofrece una concentración de poder, capaz por sí sola de realizar las mayores empresas, y en vez de una actividad falta de gobierno y dirección presta una fuerza disciplinada y metódica.

El partido liberal, así organizado, obedecerá á la ley natural de crecimiento de todos los organismos, y á medida que el tiempo transcurra irá ga-

nando en fuerza, en robustez, en energía y en poder, y al fin podrá asegurar al país que su felicidad actual ha de durar siempre, y que él será el encargado de transmitir á las generaciones de mañana, como inviolable tesoro, la paz que nos diera el hombre de estado que rige hoy con mano hábil y firme los destinos de la nación.

Esa es la obra que habéis realizado en común en el seno de la Convención Nacional, obra que habréis de popularizar mañana al volver á vuestros hogares, cuando invitéis á vuestros comitentes á concurrir á las urnas electorales á ejercer sus derechos de ciudadanos, y cuando continuéis la propaganda activa llamada á afianzar en la conciencia del pueblo el convencimiento de que el partido liberal no tiene más norte que los principios consignados en nuestra Constitución Política y en nuestras leyes de Reforma, y que su única ambición consiste en hacer efectivos esos principios, para que la ley, alma inmortal de los pueblos, y no los hombres, precederos de suyo, sea la que nos enseñe á gobernarlos por nosotros mismos.

Es un apostolado el que vais á ejercer, y cada uno de vosotros realizará la obra que le toque en suerte, cuando sea seguido por las multitudes ávidas de cumplir con sus deberes políticos. La fe no os abandonará; antes ella dará fuego á vuestras

palabras y perseverancia á vuestra conducta; porque la educación de los pueblos, como la más importante labor humana, ha menester del tiempo, que, al calor de las alas con que vuela, es el supremo fecundador de todas las cosas.

El labrador, después de abrir surcos profundos en la tierra y de haber depositado en ellos la simiente, puesto el pie sobre el azadón ya inútil, levanta los ojos al lejano horizonte é investiga el porvenir con mirada inquisidora. No sabe si mañana recogerá los frutos de su labor actual, y si al ser recogidos será él quien los aproveche; pero está convencido de que la tierra no puede cubrirse de frutos sin que éstos sirvan de sustento á los seres humanos. Así vosotros: dejáis hoy en los surcos de la conciencia nacional política simiente, y aunque no os sea dado aprovechar mañana sus frutos, esperáis con fe que ella habrá de convertirse en el pan de nuestro pueblo.

México, Junio 20 de 1903.

